

Diálogo con el interlocutor cruel

Elias Canetti

Me resultaría difícil proseguir con aquello que más disfruto haciendo si, de cuando en cuando, no llevara un diario. No porque luego utilice esas anotaciones: nunca constituyen la materia prima de lo que en ese momento estoy trabajando. Pero resulta que un hombre como yo, que conoce la intensidad de sus impresiones y siente cada uno de los detalles de cada día como si fuera aquél su único día, que en realidad vive de exageraciones —imposible expresarlo en otros términos—, pero al mismo tiempo no combate esta disposición puesto que le interesa justamente el relieve, la agudeza y la concreción de todas las cosas que van formando una vida, resulta, pues, que un hombre de estas características explotaría o acabaría desintegrándose de cualquier otra forma si no se *calmara* escribiendo un diario.

Este tranquilizarme es quizá la razón fundamental por la que llevo un diario. Parece casi increíble lo mucho que la frase escrita calma y amansa al ser humano. Una frase es siempre un Otro (*ein anderer*) en relación con quien la escribe. Se alza ante él como algo extraño, como una muralla repentina y sólida que no puede salvar de un salto. Podría tal vez contornearla, pero incluso antes de llegar al otro extremo ve surgir, en ángulo agudo con respecto a ella, una nueva muralla, una nueva frase, no menos extraña, no menos sólida y alta, que también invita a contornearla. Y así va surgiendo poco a poco un laberinto en el que el constructor apenas consigue orientarse. Se tranquiliza, eso sí, en sus vericuetos.

A quienes constituyen el entorno inmediato de un escritor les resultaría insoportable el recuento de todo cuanto lo ha estimulado. Los estímulos son contagiosos, y los demás —cabe esperarlo— tienen una vida propia que no puede estar formada tan sólo por los estímulos de un semejante: de lo contrario perecerían asfixiados. Además, hay cosas que no se pueden contar a nadie, ni siquiera a los más íntimos, porque nos dan demasiada vergüenza. No es bueno que nunca lleguen a ser formuladas; tampoco es bueno que caigan en el olvido. Los mecanismos con los que nos simplificamos la vida se hallan, en cualquier caso, demasiado bien ensamblados. Se empieza diciendo, con cierta timidez: “En realidad no es culpa mía”, y en un abrir y cerrar de ojos la cosa queda olvidada. Para escapar a esta indignidad hay que anotar lo que nos da vergüenza, y luego, mucho más tarde, quizás años más tarde, cuando exudemos autocomplacencia por todos nuestros poros, cuando menos lo esperemos, situarnos de improviso frente al monstruo y aterrarnos. “He sido capaz de esto; he llegado a hacer *estas cosas*”. La religión, que nos absuelve definitivamente de este tipo de terrores, puede convenir a quienes no se hayan propuesto alcanzar una conciencia plena y lúcida de sus procesos interiores.

Quien realmente quiere saberlo todo, lo mejor que puede hacer es aprender de sí mismo. Mas no deberá tratarse con miramientos, sino más bien como si fuera otra persona: no con menos, sino con más dureza.

La insipidez de muchos diarios proviene de que no contienen nada que obligue al autor a calmarse. Algunos, y parece casi increíble, están contentos con todo cuanto los rodea, incluso con un mundo situado al borde del colapso; otros, en medio de todas sus vicisitudes, se hallan satisfechos de *sí mismos*.

La función tranquilizadora del diario no es pues, como podemos ver, de muy largo alcance. Es un calmante momentáneo, que mitiga la impotencia del instante y clarifica el día para poder trabajar: nada más. Considerado desde una perspectiva temporal larga, el diario tiene exactamente el efecto contrario: no consiente el adormecimiento, perturba el proceso natural de transfiguración de un pasado que permanece a merced de sí mismo, nos mantiene despiertos y mordaces.

4

Pero antes de decir cosas más precisas al respecto y sobre otras funciones de los diarios, quisiera separar aquello que no considero exactamente un diario. Pues yo distingo entre apuntes sueltos, agendas y diarios propiamente dichos.

Apuntes sueltos ("Aufzeichnungen")

Sobre ellos he hablado ya en el prólogo a la selección de mis *Aufzeichnungen, 1942-1948*. Pero es necesario que, para hacerme entender, me repita aquí siquiera en lo esencial. Los "apuntes" son espontáneos y contradictorios. Contienen ideas que a veces brotan de una tensión insoportable, pero a menudo también de una gran ligereza. Es inevitable que un trabajo al cual nos dedicamos día a día, durante años, nos resulte a veces arduo, estéril o tardío. Lo odiamos, nos sentimos cercados por él: sentimos que

nos deja sin aliento. Todo lo que hay en el mundo nos parece de pronto más importante que él, y nuestra limitación nos hace sentirnos chapuceros. ¿Cómo puede ser bueno algo que, conscientemente, excluye tantas cosas? Cualquier sonido extraño llega como desde un Paraíso prohibido, mientras que cada palabra que añadimos a un texto comenzado mucho tiempo atrás tendrá, dentro de su dócil aquiescencia y de su servilismo, el color de un infierno permitido y trivial. Lo que hay de insoportable en un trabajo impuesto puede resultar muy peligroso para el trabajo mismo. Un hombre —y esta es su mayor suerte— es un ser plural, múltiple, y sólo puede vivir por cierto tiempo como si no lo fuese. En los momentos en que se ve a sí mismo como esclavo de sus objetivos, no hay sino una cosa capaz de ayudarlo: ceder a la pluralidad de sus inclinaciones y anotar, sin elección previa, lo que le pase por la cabeza. Y esto debe aflorar como si no viniese de ningún sitio ni condujese a lugar alguno: será en general algo breve, ágil, a menudo fulminante, no verificado ni dominado, carente de vanidad y de todo objetivo. Aquel mismo escribiente que, por regla general, suele comandar un severo regimiento, se convertirá por un instante en la dócil pelota de juego de sus propias ocurrencias. Anotará cosas que jamás hubiera sospechado en sí mismo, que se contradicen con su historia, con sus convicciones, con su forma de ser y su pudor, con su orgullo y su verdad, normalmente defendida con obstinación. La presión con la cual se inicia todo esto acaba por alejarse de él, y puede que de pronto se sienta aligerado y, en una especie de beatitud, anote las cosas más sinceras. A lo que surja de este modo —y suele surgir muchísimo— es mejor no darle importancia. Si logra hacerlo realmente durante muchos años, conservará la confianza en su espontaneidad, que



Jairo Osorio, Sin título, grabado, P/A, 1997

es el oxígeno de este tipo de apuntes; pues si alguna vez llega a perderla, los apuntes no le servirán ya para nada y bien puede seguir con su trabajo habitual. Mucho más tarde, cuando todo le parezca provenir de otro hombre, podrá encontrar en los apuntes cosas que, si bien entonces se le antojaron absurdas, cobran de pronto sentido para otras personas. Y como él mismo figura ya entre esas otras personas, puede elegir lo utilizable sin cansarse demasiado.

Agendas ("Merkbücher")

Cada persona, siguiendo el ejemplo de la humanidad entera, querría crearse un calendario propio. El atractivo principal del calendario es que siempre avanza. Por más que hayan pasado muchos días, vendrán otros. Los nombres de los meses se repiten, y con más frecuencia aún los de los días. Pero la cifra que indica los años es siempre distinta. Va creciendo, nunca puede reducirse, cada vez es un año más. Aumenta constantemente, es imposible saltarse un solo año; al igual que en la serie numérica, avanza siempre de uno en uno. La cronología expresa con precisión lo que el hombre desea para sí en mayor grado. El retorno de los días, cuyos nombres conoce, le da *seguridad*. Se despierta: ¿qué día es hoy? Miércoles, otra vez un miércoles, ya ha habido antes muchos miércoles. Pero él tiene detrás mucho más que simples miércoles. Pues es el 30 de octubre, un día que representa algo más grande, uno de esos días que él ya ha conocido en gran número. Pero de la cifra del año y su aumento lineal espera ser conducido a cifras cada vez mayores. La seguridad y el anhelo de longevidad acaban por confundirse en la cronología, y esta parece haber sido concebida en función de ellos.

El calendario *vacío* es, sin embargo, el de cualquier hombre. Este desea convertirlo en su propio calendario, para lo cual debe llenarlo. Hay los días buenos y malos, los días libres y ocupados. Si él los señala con unas pocas letras o palabras, el calendario será inconfundiblemente, el suyo propio. Los acontecimientos más importantes irán fundando efemérides. En su juventud aún serán escasas: el año se reserva una especie de inocencia, la mayor parte de los días se presentan libres y no son utilizados de cara al futuro. Pero los años se van llenando paulatinamente; los componentes decisivos vuelven cada vez más a menudo hasta que al final casi no queda día inutilizado en su calendario: ya tiene una historia propia.

Conozco gente que se burla de estos calendarios ajenos "por lo poco que hay en ellos". Pero sólo quienes se han hecho uno pueden saber lo que contienen. La exigüidad de estos signos crea su valor. Existen gracias a su concentración; las vivencias contenidas en ellos se hallan como ocultas por un sortilegio, no se consumen y pueden convertirse de pronto, por influencia de otros vecindarios y en un año distinto, en algo extraordinario.

No hay nadie que no tenga derecho a este tipo de agendas. *Cada cual* es el centro del mundo, nada menos que cada cual; y el mundo es valioso sólo porque está lleno de estos centros. Este es el *sentido* de la palabra ser humano: cada uno un centro al lado de muchísimos otros que son tan centros como él.

Las agendas han sido y son el germen de los auténticos diarios. Muchos escritores que desconfían de los diarios porque en ellos podrían malgastar buena parte de su propia sustancia tienen, sin embargo, una agenda. Habitualmente suele confundirse

agenda y diario. Yo los distingo en forma clara. En las agendas, que casi siempre son calendarios pequeños, anoto brevemente lo que me golpea o satisface de modo especial. Allí escribo los nombres de las contadas personas gracias a las cuales uno ha respirado y sin las que nunca hubiera soportado todos los demás días. El encuentro con ellas, la primera aproximación, sus partidas y regresos, sus enfermedades graves, sus convalecencias y, lo más horrible: su muerte. Luego están los días ricos en ideas, que al comienzo se abaten sobre uno como espadas, naufragan, vuelven a emerger y por último, transformados, soportan buena parte de la vida; a veces anotamos los días en que algo de estas ideas ha cobrado forma y nos satisface. A estos días de superación expansiva se contraponen aquellos en los que nosotros mismos somos superados: cuando hemos leído algo que, según nuestra intuición, nunca más nos abandonará: *Woyzeck*, *Los demonios*, el *Áyax* de Sófocles. Hay, asimismo, los instantes en que oímos hablar de costumbres inauditas, de alguna religión desconocida, de una ciencia nueva, de una ampliación del mundo, de una nueva amenaza para la humanidad o, muy raramente, de alguna esperanza para ella. Luego vienen los lugares a los que por fin llegamos después de haber deseado ardentemente visitarlos. Todo es mencionado en tres o cuatro palabras solamente; los nombres son lo principal; se trata de fijar el día en el que cosas y personas nuevas ingresan en nuestra vida, o bien en que reaparece, como algo nuevo, lo que ya había desaparecido.

Una cosa puede decirse con seguridad de estas agendas: a nadie le incumben. Para un forastero son incomprensibles; y, si no lo son, la monotonía de su fijación lingüística las convierte en el aburrimiento mismo.

En cuanto se rebasan ciertos límites, en cuanto empieza la reflexión sobre las cosas, las agendas salen del ámbito del calendario de notas e ingresan en el del diario.

Diarios ("Tagebücher")

En el diario uno habla consigo mismo. Quien no logra hacerlo, quien ve frente a él un auditorio, aunque sea futuro, después de su muerte, está falseando. No es este el lugar para referirse a esos diarios falsificados. También pueden tener cierto valor. Hay algunos que poseen una fascinación increíble; lo que interesa en ellos son las proporciones de la falsificación: su atractivo depende del talento del falsificador. Pero lo que ahora quisiera abordar es el diario auténtico, mucho más raro e importante. ¿Qué sentido tiene para quien lo escribe, es decir, para alguien que de todos modos escribe muchísimo, porque su profesión es escribir?

No deja de ser extraño el que un diario no pueda llevarse *siempre*: hay largos períodos durante los cuales lo esquivamos como algo peligroso, casi como un vicio. No siempre estamos descontentos con nosotros mismos y con los demás. Hay épocas de exaltación y de indudable dicha personal. En la vida de un hombre para quien la propensión al conocimiento se ha convertido en una segunda naturaleza, esas épocas, no pueden ser muy frecuentes. Por eso mismo le parecerán tanto más preciosas y tendrá miedo de deteriorarlas si las toca. Como lo apoyan —igual que a cualquier otro— durante el resto, mucho mayor, de su existencia, las *necesita* y por eso no las toca: les deja su aura de milagros incomprensibles. Sólo su hundimiento lo obligará a reflexionar de nue-

vo. ¿Cómo ha llegado a perderlas? ¿Qué cosa se las ha destruido? Y en ese momento reanuda el diálogo consigo mismo.

En otros períodos puede ocurrir que el día entero se diluya en el trabajo propiamente creativo. Este avanza seguro y a buen ritmo, ha llegado a un plano situado más allá de la intención y de la duda, y se ajusta con tal precisión a lo que uno es, que fuera del trabajo no sucede ni queda nada. Hay buenos escritores, e incluso importantes, que a partir de esta disposición anímica pueden escribir un libro tras otro. No tienen nada que decirse, su libro lo dice todo por ellos. Logran distribuirse totalmente entre sus personajes. A menudo es gente que se ha elaborado una superficie, una textura tan rica y peculiar que ocupa incesantemente su atención y su memoria sensible. Son los verdaderos maestros de la literatura, los afortunados entre los escritores. Para ellos es natural reducir a un mínimo los intervalos entre obra y obra. La peculiaridad de su superficie los atrae nuevamente al trabajo. Pues en esta superficie van inscribiendo todo cuanto cambia y reluce en el mundo, el movimiento característico de la vida exterior, y en ella se agitan como los demás lo hacen en el mundo.

Yo sería el último en tratar con ironía o con sarcasmo a este tipo de escritores. Hay que valorarlos según el imperativo de su índole particular: buena parte de la mejor literatura universal les pertenece. Hay momentos en los que deseamos un mundo donde no sea posible la existencia de otro tipo de escritores. De ellos, sin embargo, no cabe esperar diarios auténticos. Más bien pondrán en duda la posibilidad de que existan tales diarios. Su seguridad y sus logros han de cargarlos de desprecio por otras naturalezas menos regulares y uniformes. Pero

basta con mencionar el nombre de Kafka, con cuya sustancia y especificidad nadie, ni siquiera el mejor entre los seguros de hoy, debiera osar medirse, para convencerlos de la inadmisibilidad de su intolerancia. Tal vez debiera darles qué pensar el hecho de que los diarios sean lo más importante en la producción de un hombre como Pavese: lo que de él perdurará se encuentra allí y no en sus obras.

En el diario uno habla, pues, consigo mismo. ¿Qué significa esto, sin embargo? ¿Nos transformamos realmente en dos personajes que mantienen entre sí un diálogo normal? ¿Y quiénes son esos dos? ¿Por qué no son más que dos? ¿Acaso no podrían, no deberían ser muchos? ¿Por qué carecería de valor un diario en el que uno hablara siempre a muchos, en vez de a sí mismo?

La primera ventaja de ese *Yo ficticio* al cual nos dirigimos es que nos escucha de verdad. Siempre está presente. No se aleja. No simula interés alguno: no es bien educado. Tampoco nos interrumpe, nos deja hablar hasta el final. No sólo es curioso, sino también paciente. Yo aquí no puedo hablar sino con base en mi propia experiencia: pero no deja de asombrarme el que haya alguien dispuesto a escucharme tan pacientemente como yo escucho a otras personas. No pensemos, sin embargo, que este oyente nos facilita la tarea. Como tiene el mérito de entendernos, no podemos echarle dado falso. No sólo es paciente, sino también maligno. No deja que le ocultemos nada, su mirada todo lo atraviesa. Advierte hasta el más mínimo detalle, y no bien empezamos a falsear, vuelve a él con vehemencia. En toda mi vida —y ya soy sexagenario— no he encontrado nunca a un interlocutor tan peligroso, y eso que he conocido a algunos de los cuales nadie podría avergonzarse. Tal



Rodrigo Díaz Roldán, *Sentidos opuestos*, matriz de cartón, P/A, 1997

vez su ventaja específica sea no representar intereses propios. Tiene todas las reacciones de una persona independiente, pero sin sus motivaciones. No defiende teoría alguna ni hace alarde de sus descubrimientos. Su instinto para rastrear las motivaciones del poder o de la vanidad es fabuloso. Claro que tiene a su favor el hecho de conocernos de pies a cabeza.

Cuando me pilla alguna imprecisión, alguna deficiencia en el conocimiento, una debilidad o un acto de pereza, se me echa encima como un rayo. Cuando digo: "Esto carece de importancia, más que mi persona me importa la situación del mundo; debo ponerme en guardia, esto es todo", se ríe en mi cara. "Sin embargo, sin embargo", dice luego, y me tomo la libertad de citarlo aquí

textualmente, “el error de los que hacen el bien” (¡cómo me molesta ya esta páfida expresión!) “consiste en que, por encima de la responsabilidad que sienten y del bien que acaso deseen de veras, se olvidan de perfeccionar el instrumento que les permitirá conocer a los seres humanos y captarlos a través de miles de detalles burdos o sutiles. Pues de estos mismos hombres brota lo más terrible, común y peligroso de cuanto acontece. Para la supervivencia de la humanidad no hay otra esperanza que saber lo más posible acerca de los hombres que la integran. ¿Cómo te atreves a escribir, pues, algo tan falso sobre ti mismo, sólo porque te resulta cómodo?”.

Más de una vez he llegado a prever algo terrible —en el mundo, quiero decir—, que luego se ha verificado con exactitud total. Y no se me ocurría nada mejor que anotarlo por escrito. De este modo podía probármelo: ya figuraba ahí mucho antes de que acaeciese. Probablemente quería agenciarme así un derecho a formular predicciones ulteriores. Cito a continuación la aniquiladora respuesta de mi interlocutor, que es mucho más importante que la penosa vanidad de la profecía verificada:

“El amonestador, el profeta cuyas predicciones se cumplen, es una figura injustamente respetada. Actúa demasiado a la ligera y se deja vencer por los horrores de los cuales abomina, aun antes de que se hayan verificado. Cree que pone en guardia, pero comparada con el apasionamiento de su profecía, su admonición carece de valor. Es admirado por su profecía, pero no hay nada más fácil. Cuanto más terrible es la predicción, mayores probabilidades tiene de verificarse. Habría que admirar más bien a un profeta que anunciara *cosas buenas*. Pues esto y sólo esto es inverosímil”.

La conciencia, la buena y vieja conciencia... le oigo decir a algún lector con voz triunfante: ¡este habla con su conciencia! ¡Hace alarde de llevar un diario para dialogar con su conciencia! Sin embargo, esto no es del todo cierto. Ese otro con el cual hablamos en el diario va *cambiando* de papeles. Cierro es que puede presentarse como la conciencia de lo cual le quedo muy agradecido, pues los demás nos facilitan excesivamente todo: es como si dejarse *persuadir* fuera uno de los grandes placeres del ser humano. Pero no es siempre una conciencia. A veces soy *yo mismo* y le hablo, autoacusándome desesperadamente. Es una violencia que a nadie deseo. Él se convierte entonces en un consolador de mirada penetrante, que sabe muy bien cuándo me extralimito. Se da cuenta de que yo, como escritor, suelo adjudicarme maldades y canalladas que no son en absoluto mías. Me recuerda que, en fin de cuentas, lo importante es lo que *se hace*, pues cualquiera puede pensar todo. Sarcástico y risueño, va dejando sin máscaras a ese personaje malo en el cual nos pavoneamos tan a gusto, y nos demuestra que, en el fondo, no somos tan “interesantes”. Por este papel le estoy todavía más agradecido.

Tiene muchos otros papeles que sería aburrido abordar en detalle. Pero algo debe quedar muy claro: un diario que no posea este carácter consecuentemente dialógico me parece exento de valor; yo no podría llevar el mío sino en esta forma de diálogo conmigo mismo.

Me resisto a creer que la lucidez de estos dos personajes, que a ratos se dan caza el uno al otro, sea un juego vacío. No olvidemos que un hombre que no reconozca las instancias extremas de la fe ha de crear en sí mismo algún equivalente: de otro modo se convertirá en un caos sin recursos. El hecho

de que les permita intercambiar papeles, de que los deje jugar, no significa que no los tome en serio. En este juego él podría, en caso de que lo lograra, adquirir finalmente una sensibilidad moral más fina que la que le ofrecen los preceptos usuales del mundo. Pues estos son, para la mayoría, preceptos ya muertos justamente porque no pueden jugar nunca: su rigidez los deja sin vida.

Tal vez sea esta la función más importante de un diario. Afirmar que es la única sería desorientador, pues en un diario no se habla sólo consigo mismo, también se habla con otros. Todas las conversaciones que en la realidad nunca podemos llevar a término porque acabarían en estallidos de violencia, todas las palabras absolutas, irrespetuosas y destructoras que a menudo debiéramos decir a los demás, se van depositando en el diario. Allí permanecen en secreto, pues un diario que no es secreto, no es un diario; y las personas que acostumbran leer páginas de sus propios diarios a los demás, deberían más bien escribir cartas o, mejor aún, organizar veladas de recitación sobre sí mismas. En la primera etapa que pasé en Berlín, conocí a un individuo que no escribía una línea sin leérmela esa misma tarde. Al cabo de un tiempo logré — a fuerza de invitar al número de oyentes que él considerara suficiente — limitar las lecturas a una por semana; el tipo estaba feliz: su lectura duraba más tiempo y él también prefería hacer la rueda ante más de dos ojos.

Siempre serán pocas las argucias y medidas de precaución destinadas a mantener un auténtico diario en secreto. De los candados vale más no fiarse. Mejores son las escrituras en clave. Yo utilizo una taquigrafía modificada que nadie podría descifrar sin un trabajo previo de varias semanas. Así puedo anotar lo que quiera sin perjudicar

ni herir a nadie; y cuando por fin sea viejo y sabio, decidiré si hago desaparecer todo, o bien si lo deposito en un lugar secreto, donde sólo por casualidad, y en un futuro inocuo, pueda ser encontrado.

Hasta ahora jamás he logrado escribir un diario al viajar por un país nuevo. Me va llenando tanto el número de personas desconocidas con las cuales hablo sin comprenderme — ya sea por señas, ya sea con presuntas palabras —, que ni siquiera podría echar mano del lápiz. El lenguaje, un instrumento que en general creemos saber manejar, se transforma de improviso en algo salvaje y peligroso. Uno se entrega a su seducción y acaba siendo manejado por ella. Incredulidad, confianza, ambigüedad, jactancia, fuerza, amenaza, rechazo, disgusto, engaño, ternura, hospitalidad y asombro: todo está allí, y en forma tan inmediata que tenemos la impresión de no haberlo notado nunca antes. *Frente a eso*, una palabra escrita yace sobre el papel como el cadáver de sí misma. Me guardo bien de ser un homicida entre tanta magnificencia. Pero en cuanto estoy de nuevo en casa, recupero cada día. A partir del recuerdo — muchas veces con grandes esfuerzos — voy devolviendo a cada día lo que es suyo. Ha habido viajes cuyo diario, escrito *a posteriori*, me ha tomado tres veces más tiempo que el viaje mismo.

Creo que al escribir estos recuerdos de viaje se piensa sobre todo en los lectores. Sentimos que en este caso son posibles y no conllevan falsificaciones. Nos vienen a la memoria los informes de otros, que nos animaron a hacer el viaje. Es agradable demostrar nuestra gratitud a partir de una cosecha propia. En general, los diarios ajenos significan mucho para quien los lee. ¿Qué escritor no ha leído diarios que nunca más

lo han abandonado? Tal vez sea este el lugar para decir algo sobre ellos.

Podemos comenzar con los que uno lee de niño: los diarios de los grandes viajeros y descubridores. Al comienzo, la aventura nos seduce en cuanto tal, al margen de las costumbres y culturas vinculadas a grupos humanos extraños. Para un niño lo más inquietante es el vacío, que no conoce porque nunca lo dejan totalmente solo y siempre está rodeado de gente. De ahí que se precipite a expediciones al Polo Sur o al Polo Norte, o efectúe largos viajes por mar en pequeñas embarcaciones. Lo emocionante es el vacío que lo circunda, peligroso sobre todo de noche, que el niño mismo teme. Y allí, en medio de aquella lejanía y de aquel vacío, se va imprimiendo indeleblemente en su memoria la sucesión del día y de la noche; pues el viaje, que siempre continúa, tiene una meta antes de la cual —o de la catástrofe— no se interrumpe nunca. De este modo, creo, el niño vive con terror el calendario.

Luego vienen los viajes a regiones habitadas por seres siniestros: África y la selva virgen, y las primeras costumbres extrañas que lo hieren son las de los antropófagos. Su curiosidad se ve espoleada por estos horrores: pronto quiere saber también algo sobre otros pueblos extraños. El camino por la selva virgen se va abriendo paso a paso, y el número de millas recorridas diariamente es registrado con precisión. Aquí se prefiguran ya todas las formas dentro de las cuales se descubrirán más tarde cosas nuevas. Aventura tras aventura, pero día a día; y luego la terrible espera de los desaparecidos, las tentativas por salvarlos o su doloroso final. No creo que más tarde haya algún diario que signifique tanto para el adulto.

Pero queda el gusto por la lejanía, que despierta un interés inagotable. Y así nos lanzamos a recorrer ávidamente épocas pasadas y culturas foráneas. A la vez que aumenta la rigidez de la propia existencia, aquéllas se presentan como el medio con más probabilidades de transformación. Experiencias que uno desearía tener y que en el país son mal vistas, resultan ser costumbre generalizada en el lugar adonde hemos recalado leyendo. La situación vital en la que nos hallamos en casa se presenta excesivamente prefijada: lo que hacernos se rige por horas que son cada día las mismas, la gente que conocemos se conoce entre sí, habla de nosotros y nos vigila: oídos por todas partes, y ojos familiares. Como todo se halla vinculado y lo está cada vez más, se va formando un gigantesco depósito de deseos de cambio insatisfechos, que sólo noticias provenientes de un sitio auténticamente extraño pueden poner en marcha.

Es una suerte singular y muy poco explotada que existan diarios de viaje por áreas culturales extranjeras escritos no por europeos, sino por oriundos de esas áreas culturales. Citaré tan sólo dos de los más detallados y que siempre releo: el libro del peregrino chino Huan Tsang, que visitó la India en el siglo VII, y el del árabe Ibn Battuta, de Tánger, que por espacio de veinticinco años recorrió todo el mundo islámico del siglo XIV, la India y probablemente también China. Pero la suerte de disponer de diarios exóticos no se agota aquí. Del Japón nos han llegado dos diarios literarios que por su sutileza y precisión podrían rivalizar con Proust: el *Diario de la almohada* de la cortesana Sei Shonagon, la colección más perfecta de “apuntes sueltos” que conozco, y el diario de la autora del *Relato de Genji*, Murasaki Shikibu; ambas vivieron en la misma corte alrede-



José Ignacio Ospina, Sin título, policromía por fragmentación, P/A, 1997

dor del año 1000, se conocieron bien, pero no simpatizaron entre sí.

La contrapartida exacta de estos informes llegados de lejos nos la ofrecen los diarios de la proximidad. Se trata en este caso de personas que son nuestros parientes próximos y en las cuales nos reconocemos. El ejemplo más hermoso de este género en la literatura alemana son los *Diarios* de Hebbel.

Gustan porque casi no hay en ellos página donde no hallemos algo que nos concierna personalmente. Podemos tener la impresión de haber escrito ya esto o aquello en algún lugar. Tal vez lo hayamos hecho realmente. O si no, lo hubiéramos podido hacer sin duda. El proceso de este encuentro íntimo resulta ya estimulante por el hecho de que, junto a lo "propio", descubrimos algo que nunca hubiésemos podido pensar o escribir de

ese modo. Es el espectáculo de dos espíritus que se compenetran: coinciden en algunos puntos, pero en otros se van creando entre ellos espacios vacíos totalmente imposibles de colmar. Lo similar y lo diverso se encuentran tan juntos que nos obligan a pensar; nada hay más fecundo que estos diarios de la proximidad, como podríamos llamarlos. Sin embargo, tienen que ser “completos”, es decir, muy ricos de contenido, y no haber sido escritos bajo el control de un objetivo determinado.

Los diarios religiosos, que describen la lucha por una fe, caen fuera de esta clasificación. Sólo infunden energía a quienes se hallan implicados en una lucha similar. Y más bien oprimirían al espíritu realmente libre, que toma estas cosas tan en serio que todavía no logra entregarse a ellas. Las trazas de libertad que aún le queden, su resistencia, que era interpretada como debilidad, afectarán al lector más de cerca que aquello que el escritor consideraba su punto fuerte: la rendición paulatina. Excluyo de esta limitación a los ejemplos más prodigiosos que han rebasado la forma del diario: Pascal y Kierkegaard; son más grandes que sus propósitos, y por eso está todo en ellos.

Se oye decir a menudo que los diarios ajenos animan a decir la verdad en los propios. Una vez puestas en el papel, las confesiones de hombres importantes tienen un influjo duradero sobre los demás. “Un hombre como aquel afirma haber hecho esto y aquello. No tengo, pues, por qué desanimarme si yo he hecho lo mismo”. El valor del modelo se amplía aquí de manera extraordinaria. Sus lados negativos nos dan el valor necesario para combatir los nuestros.

Es cierto que, sin grandes modelos, no surge absolutamente nada. Pero sus obras tie-

nen también algo paralizante: cuanto más a fondo las entendemos, vale decir, cuanto más talentosos somos, con tanto mayor convicción nos decimos que son inalcanzables. La experiencia, sin embargo, demuestra lo contrario. La literatura moderna ha surgido *a pesar* del modelo avasallador de la Antigüedad. Después de haber escrito el *Quijote*, es decir, después de haber superado todo cuanto la Antigüedad ofrecía en el ámbito de la novela, Cervantes se hubiera sentido orgulloso de rivalizar con Heliodoro. El funcionamiento exacto del modelo aún no ha sido estudiado, y no es este el lugar adecuado para abordar seriamente tan enorme tema. Resulta divertido, sin embargo, observar por ejemplo el papel que Walter Scott, uno de los escritores más insoportables de todos los tiempos, desempeñó para Balzac, con el que no tiene nada en común. La manía de la originalidad, tan característica de los tiempos modernos, se traiciona al buscarse modelos que lo son sólo en apariencia y que luego destruye para afirmarse llamativamente *frente* a ellos. Pero los verdaderos modelos, de los cuales dependemos, permanecen tanto más ocultos. Este proceso puede ser inconsciente; muy a menudo es consciente y engañoso.

Pero para quienes no han de buscar su originalidad con engaños o a la fuerza; para quienes aún poseen el ímpetu de los grandes espíritus que, por así decirlo, los han lanzado al mundo; para quienes pueden volver siempre a ellos sin desprestigiarse es una suerte inapreciable encontrar entre sus predecesores diarios que revelen debilidades que ellos mismos sufren. La obra acabada tiene una superioridad aplastante. Quien todavía se halle profundamente inmerso en la suya, sin saber adónde lo llevará ni si logrará concluirla, puede desanimarse una y mil veces. Le dará fuerzas comprobar las dudas

de quienes pudieron culminar con éxito la suya. A este valor práctico de los diarios ajenos —práctico de cara al propio trabajo—, se suma además una influencia de naturaleza más general: la de la obstinación que manifiestan. En todo diario digno de este nombre hay siempre una serie de obsesiones, conflictos y problemas privados que reaparecen constantemente. Se extienden a lo largo de toda una vida, confiriéndole su peculiaridad. Quien logra superarlos, nos da la impresión de haberse extinguido. La lucha con ellos es tan necesaria como la tenacidad que los caracteriza. No es que sean siempre interesantes por sí mismos, pero constituyen lo más típico y estable del ser humano que los padece: le será tan difícil prescindir de ellos como de sus propios huesos. Es importantísimo descubrir en los demás estos conflictos firmes y sin solución, para observar con más serenidad sus equivalentes en nosotros mismos y no desesperarnos. Los personajes de una obra no pueden producir este efecto, ya que existen gracias a la distancia que su creador ha logrado interponer entre él mismo y ellos, alejándolos al máximo de sus propios procesos interiores.

En toda vida hay —me parece— ciertos contenidos que pueden captarse con el máximo de exactitud en forma de diario. Ignoro si serán los mismos para todos. Podríamos pensar que un hombre *lento*, para quien todo evoluciona sólo muy gradualmente, tendría que adquirir más bien lo contrario. La *subitaneidad* de los apuntes sueltos sería su ejercicio más provechoso: así podría aprender a volar a ratos y a captar los aspectos del mundo que pertenecen a la aceleración; de este modo perfeccionaría además su talento natural para la evolución lenta.

Para los rápidos, que se precipitan como animales de rapiña sobre cada situación y

cada ser humano, aferrándose al corazón con tanta violencia que destrozan la forma exterior de su propio cuerpo, sería más apropiado lo contrario: un diario lento, en el que los temas meditados adquieran de día en día otro aspecto. Gracias a esta penosa coacción, que les impediría llegar a la meta demasiado rápido, podrían tener acceso a una dimensión que de otro modo les estaría vedada.

Stendhal pertenece a los rápidos. Se mueve, es cierto, en un mundo extraordinariamente rico y al cual permanece abierto. Pero los temas de sus diarios son pocos, y él los reelabora en forma permanente. Es como si de vez en cuando escribiera diarios nuevos sobre los antiguos. Como no puede ser realmente lento, vuelve a tratar siempre la misma cosa. Y este proceso lo condujo finalmente a sus grandes novelas. Incluso las dos que dejó concluidas, y cuyo efecto sobre otras resulta inconmensurable, no son obras propiamente terminadas para él. Stendhal es la contrafigura exacta de los que con total seguridad van desgajando de sí obra tras obra y sólo pueden abocarse a una nueva porque la vieja les parece extraña.

El escritor que más puramente ha expresado nuestro siglo y al que, por lo tanto, considero como su manifestación más esencial, Kafka, es en esto perfectamente comparable a Stendhal. Nunca llega hasta el final con nada; siempre lo inquieta la misma cosa, de principio a fin. Siempre le da vueltas, la parafrasea, la recorre a pasos diferentes. Nunca la agota, y tampoco la hubiera agotado de haber vivido el doble. Pero Kafka pertenece a los lentos, como Stendhal a los rápidos. Y son los rápidos quienes se inclinan a sentir su propia vida como algo feliz. Así, la obra de Stendhal está impregnada del co-



Olber Alzate, Sin título, grabado, P/A, 1997

lor de la felicidad; la de Kafka, en cambio, del de la impotencia. Pero la obra de ambos surge de un diario que recorre todas sus vidas y que, al cuestionarse, se prolonga.

Podrá parecer presuntuoso que hable de mí mismo después de dos figuras semejantes, que han superado intactas la prueba del tiempo. Pero sólo podemos dar lo que

es nuestro. De modo que, para ser completo, quisiera mencionar aún los temas que constituyen las obsesiones de mis diarios y ocupan en ellos la parte más importante. Junto a muchas otras cosas que resultan efímeras y dispersas, son ellos lo que en esos diarios reelaboro constantemente, hasta el agotamiento.

Son el progreso, el retroceso, la duda, el desasosiego y la embriaguez a través de una obra que se extiende por sobre la mayor parte de mi vida, y cuyos pasajes decisivos he podido publicar al fin con convicción. Es, además, el enigma de la *metamorfosis* y su modalidad expresiva de mayor concentración en la literatura: el drama, que no me ha abandonado ya desde que, a los diez años, leí a Shakespeare por primera vez, y desde que, a los diecisiete, conocí a Aristófanes y a los trágicos griegos. Así, pues, voy registrando todo cuanto me llega del ámbito dramático, todos los dramas y mitos que aún lo son de verdad; pero también lo que actualmente se atribuye este nombre: los miserables pseudomitos. Y son también los encuentros con personas de países que no conozco, o bien que conozco particularmente bien. Son las vivencias y destinos de amigos a quienes llevaba mucho tiempo sin ver y con los que me encuentro de buenas a primeras. Es la lucha por la vida de la gente más cercana a mí; su lucha contra una serie de enfermedades, operaciones y peligros que ocupan decenios enteros de su existencia; su lucha para no perder la voluntad de vivir. Son todos los rasgos de avaricia y de envidia que me irritan y de los cuales abomino desde mi infancia; pero también los rasgos de generosidad, bondad y orgullo, que idolatro. Son los celos, mi forma lúdica y privada del poder, un tema que Proust ha sin duda agotado, pero que pese a todo también debemos agotar en nosotros mismos. Es y ha sido siempre

todo tipo de locura: si bien ya en fecha muy temprana intenté darle forma, para mí no ha perdido su fascinación un solo instante. Es el problema de la fe, de la fe en general y en cada una de sus manifestaciones, hacia la cual tiendo por mis orígenes, pero a la que nunca me entregaré mientras no haya descifrado su naturaleza. Por último —y es el más obsesivo de mis temas— es la muerte, que no puedo aceptar aunque jamás la pierdo de vista, que tendré que perseguir hasta sus más recónditas guardias para destruir su falso brillo y su fascinación.

Son bastantes cosas, como vemos, aunque me he limitado a citar lo más urgente; y no sé cómo podría vivir sin rendirme cuentas sobre ellas en forma constante. Pues lo que consideramos válido y logramos plasmar finalmente en obras que no sean indignas de los hombres que habrán de leerlas, es una fracción diminuta de lo que nos ocurre diariamente. Y como esto prosigue día a día y no ha de cesar, nunca me contaré en el número de quienes se avergüenzan de las insuficiencias de un diario.

1965

Texto tomado de *La conciencia de las palabras* de Elias Canetti, pp. 71-92

Traducción de Juan José del Solar

D. R. © 1981, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14110 Ciudad de México

© Elias Canetti 1975, 1976

© Herederos de Elias Canetti 1994

Publicado gracias a la gentil autorización de Carl Hanser Verlag München y el Fondo de Cultura Económica